

David Grossman

Lo que el
cuerpo sabe



Lumen

Lo que el cuerpo sabe

David Grossman

Traducción de
Ana María Bejarano

SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Me interrumpe a la tercera frase: ayer vi algo en la tele que me hizo pensar en ti.

Dejo las hojas, no pudiéndome creer que ella me corte de esa manera.

Me desperté y eran las tres, dice, ¿y qué podía hacer? Su cara hinchada se mueve con dificultad sobre la almohada y se vuelve hacia mí. Era algo sobre unos chalados americanos. Se dedican a salvar a los pájaros que chocan contra los rascacielos.

Espera. No veo qué tiene eso que ver conmigo.

Pensé, dice, que podrías haber estado con ellos.

¿Yo?

Las manos se les crispan convertidas en unos puños que golpean la manta. Unos golpecitos casi imperceptibles, nerviosos, un poco como los temblores que la acometen después de una dosis de Haldol, solo que no lo está tomando. Intento ignorar esos movimientos recordándome que no tienen nada que ver conmigo y que no son una crítica contra mi historia, sino unos simples movimientos involuntarios que dentro de unos segundos me sacarán de mis casillas.

Todos los días, a las cuatro de la mañana, dice ella, se apostan a los pies de los rascacielos. Y explica: porque los pájaros migran de noche.

Ahora veo que sí tiene que ver conmigo, le digo colocando bien las hojas de una manera ostensible. Nunca entenderé la forma que tiene de captar la información y, muchísimo

menos, cómo la procesa y la escupe después. Llevo dos meses preparándome para esta velada, y ella va y me interrumpe de esta manera.

Recogen en bolsas los restos, continúa ella, y si todavía se puede los curan, he visto cómo le daban cortisona a un pájaro... Me hace gracia su solidaridad con los pájaros. Después los sueltan a volar, los vuelven a dejar en libertad... Ahora sorprendida: parecían personas normales, cada uno con su oficio y todo, uno era abogado, he visto que otra era bibliotecaria, aunque también, ¿cómo te lo diría?, eran de esas personas con principios.

¿De esos que siempre creen llevar la razón?, le pregunto con recochineo.

Ah..., pues sí, reconoce ofendida. Ni ella misma parece saber la razón por la que me ha relacionado con ellos.

Me río, con bastante desesperación. Es mi madre, la reina sabelotodo, pero una completa ignorante en lo concerniente a mí. Yo, justamente, me veo más del lado de los pájaros estrellados contra los rascacielos, se lo digo, y ella, no, no, mientras mueve pesadamente la cabeza, tú eres fuerte, muy fuerte.

Dice «fuerte». Yo oigo «cruel». Ella bucea un poco más en la profundidad de sus abismos, puede que ahí encuentre algunas migajas más de recuerdo y las suba a la superficie emocionada. Nos quedamos calladas. Hacía dos años que no la veía, y hay momentos en los que no la relaciono con la que era antes. Sus labios se mueven, murmuran pensamientos, pero yo me cuido de no leerlos. Vuelve la cabeza y me mira. ¿Para qué sirven los párpados?, le grité en una ocasión, y ahora callo aceptando con resignación mi sino. Una cosa es estar en mi casa de Londres escribiendo esta historia y, una

vez por semana, después de llamarla por teléfono, considerarme una mierda durante medio día, porque ella no puede ni llegar a imaginarse cómo la estoy poniendo por escrito, y otra cosa muy distinta es estar aquí leyéndola, palabra por palabra, tal y como ella me lo ha propuesto, o exigido, tal y como me ha obligado a hacer con la autoridad que le da su estado de agonía.

Bueno, dice, te he interrumpido, a partir de ahora me caílo. Vuélvelo a leer, desde el principio.

Un hombre menudo, de ojos saltones, labios gruesos y manos grandes, la mira. Ella lo presiente antes de verlo. Una desagradable ráfaga de aire entra en la sala y la envuelve. Abre los ojos y lo ve invertido. Apoyado en el dintel de la puerta, con pantalones cortos, una camisa floreada y los labios muy rojos, como si acabara de devorar una presa. Por precaución, retira los pies de la pared, baja uno, luego el otro y, levantándose, se queda allí de pie, cuan alta es.

El hombre deja escapar un suave silbido de asombro que suena como un desprecio.

Hace tiempo, de pequeño, yo también sabía hacer eso. Y el pino, apoyando la cabeza. Todo. Nili no contesta. Puede que sea simplemente que el hombre se ha equivocado de sala. Lo que él buscaba era la sala de fitness.

Entonces, dice él con la misma afectación y calma amenazadora, es yoga, ¿no?

Ella se pone a enrollar las colchonetas que llevan allí desde por la mañana. Tres veraneantes han decidido poner el cuerpo un poco a tono con ella, pero no han dejado de reírse y de hablar, incapaces de levantar ni un pie del suelo.

Sí, le contesta ella con una voz de «¿de qué vas?», es yo-

ga.

¿Yoga, yoga...?, ¿y eso qué es?, refréscame la memoria. Saca una cajetilla de Nobless, le da un golpecito, otro, y co-ge un cigarrillo.

El yoga es... ¿haría el favor de no fumar aquí?

Se miden las fuerzas con la mirada. Él mueve la cabeza muy despacio de derecha a izquierda, como si amonestara a un niño muy pequeño. Redondea los labios dirigiéndolos hacia ella como si le enviara un beso burlón: para ti, guapa; nota cómo cada una de las partes de su cuerpo es objeto de una rápida tasación, y se siente atrapada, incapaz de moverse, al tiempo que empieza a hervirle la sangre.

Dígame, ¿el yoga es un masaje?

Los masajes los tiene al final del pasillo, a la derecha. Terapéuticos, añade, incapaz de contenerse.

Y los..., ¿cómo se llaman?, ¿los no terapéuticos? Conque esas tenemos, ¿eh? A este me lo ventilo yo en un plis-plas, que práctica no me falta. Y poniéndose bien firme, le saca una cabeza, cruzándose de brazos y casi deletreando cada palabra, le dice, lo siento, señor, pero los masajes que usted quiere no son aquí. Por cierto, ella también sabe sonreír así: treinta y dos pedazos de desprecio directamente a la cara.

Pero él no se deja impresionar tan fácilmente, sino que, por el contrario, parece estar divirtiéndose. Pasea la lengua con calma por la boca, por debajo del labio inferior, haciendo que este se abulte ligeramente, por un lado y por el otro, y Nili piensa en el movimiento ondulante de los cachorros en el vientre de la madre.

Y con una sonrisa burlona: pero si yo no he preguntado lo que no es, sino lo que es.

Respira profundamente. Espera. No le des el gusto de sal-

tar. Contéstale con ese punto de calma que tú tienes. Aquí quiero yo verte, no solo cuando estás en la cumbre de la montaña, sola, entre las nubes y el celeste del cielo. Sino con este.

O sea ¿que usted no sabe lo que es el yoga? La lengua vuelve a dar vueltas por la lujuriosa boca, ¿entonces por qué pone aquí «sala de yoga»?

Porque aquí se enseña yoga, yoga, y para el masaje que usted quiere, y acerca su cabeza a la de él, frente con frente, al tiempo que su ancha cara de gata se tensa, puede llamar a alguien por teléfono. Pídale el número al recepcionista, porque aquí, en el hotel, hay chicas que se lo darán con gusto. Y, ahora, discúlpeme. Y se pone de nuevo a enrollar las colchonetas, con rabia.

Es que no es para mí, le hace saber, apoyando su peso alternativamente en uno y otro pie, la verdad es que es para mi hijo.

¿Su hijo? Se levanta despacio, usted quiere que yo le haga a..., y poniendo sus fuertes brazos en jarras sobre las caderas, le pregunta, pero ¿por quién me toma? Echa la cabeza hacia atrás y su cortísimo pelo parece erizarse electrizado; en Nueva York y en Calcuta, esta forma suya de plantarse de pie combinada con su potente corpulencia hacía maravillas cuando surgía algún problema. Cuando alguien pretendía sobrepasarse. Sus hijas se habrían quedado de piedra, pensaba ella, si la hubieran visto así, con las groserías que era capaz de sacar con la mayor facilidad, como quien despliega una navaja. A ella misma le sorprende lo fácil que le resulta volver a interpretar ese papel.

El hombrecillo también está impresionado. Retrocede medio paso y, sin embargo, mantiene la mirada clavada al frente

con verdadera obstinación, como si se forzara a sí mismo a transmitir su mensaje al completo: ahora cumplirá los dieciséis, en Pascua, esa es la situación. No tiene madre. Así que he pensado que...

¿Sí?, ¿qué ha pensado? Que yo voy a acoger a su hijo, ¿y qué tengo que hacer, exactamente? Se pone muy roja, ¡qué increíble desfachatez!, pero ¿qué te esperabas si aceptas pasar por esta humillación, dos semanas al año, de trabajar como profesora de yoga de los paquetes vacacionales y otras ofertas similares de los trabajadores de los sindicatos, de los de los grandes almacenes, de la asociación de gasolineras, y demás?

Y en medio de su ataque de furia se fija en el pliegue curvo que se le forma a él debajo de la boca, en su parpadeo precipitado, en la mano que ha empezado a estrujar la fina cadena de oro que lleva al cuello; le ha dado un pequeño ataque, apenas perceptible para los ojos de ella. La cara se le afea todavía más, adquiriendo un aire más malicioso, más desgraciado. Un miembro del comité de los trabajadores, de una de las fábricas de la siderurgia de Haifa, o de los depósitos de Lod. De los que maltrata a los subordinados y se rebaja ante los potentados. ¿A quién te crees que has venido a intimidar aquí? Si te leo como si fueras un libro abierto, músculos cortos y contraídos, andares aprendidos de las películas, y, encima, pies planos, lumbago y almorranas.

Está allí arrugado y encogido ante la mirada de ella y, por eso, le apetece todavía más vengarse de él, decirle con palabras seductoras la verdad de lo que opina de él. O quizá quise hacerlo, piensa después, apesadumbrada, para recordar el sabor de lo que es lucirse ante alguien. Pero entonces, finalmente, penetra en su cerebro algo que él ha dicho antes,

porque ha murmurado algo acerca de la madre, así que para qué meterte en líos con él, ¿y qué espera usted que yo haga?, le pregunta, poniendo todavía mucho cuidado en conservar la frialdad de su voz, ¿con ese hijo suyo?

Y él, con sus ojos de gallo, es un buen chico, ya lo verá, no le va a suponer ningún problema, acéptelo bajo mi responsabilidad y, a la mínima que haga, me lo comunica usted de inmediato.

¿Qué problemas?, se ríe ella, a su pesar, ¿cómo que problemas?

No, no, si es muy bueno, solo que él, solo que tiene un poco..., esto..., a veces se le ocurren unas ideas, pájaros en la cabeza, eso es lo que tiene, las arrugas de la frente se le suavizan un poco y un resplandor doloroso e inesperado le cruza los ojos, está conmigo desde pequeño, porque su madre murió, Dios la tenga en su gloria, desde que tenía un mes, y había pensado que...

Se queda callado y le dirige a ella una mirada lerda e impotente. Es un hombre con un cuerpo sin resonancia alguna, enseguida se da cuenta, así que se cruza de brazos y se queda pensativa. Ella tiene tres hijas, una de dieciséis y medio, otra de once y la pequeña de ocho, de tres hombres diferentes, el último se marchó hace cinco años, así que sabe muy bien lo que es luchar sola día tras día, hora tras hora. Y ese, ahí, con esos labios carnosos, las piernas arqueadas y el cartel de «malquerido» colgado por detrás y por delante, aunque ¿quién demonios es ella para juzgar a nadie?

¿Qué es, exactamente, lo que tenía usted pensado?

El hombre se da cuenta enseguida de que ha ablandado la voz. Un mamífero tan pequeño como él tiene que estar atento a cualquier pequeño cambio. Rápidamente, demasiado

deprisa, según ella, relaja los hombros y cruza los pies... He pensado, pero no se vuelva a enfadar, escúcheme antes hasta el final: he visto el letrero de ahí fuera, yoga, y ¿qué se me ha ocurrido?, que vamos a estar aquí una semana, mi hijo y yo, es un buen chico, la verdad, lo que pasa es que no tiene amigos, ¿me comprende usted? Llegado a este punto le parece que ha logrado echarle el lazo y, por eso, continúa con entusiasmo: está completamente solo. No hay nada que hacer. No habla con nadie, es capaz de pasarse toda la semana sin conocer a nadie. Está empezando a recuperar la seguridad en sí mismo, por algún motivo la mercancía que vende está teniendo buena aceptación: y es que no es más que un niño, créame, cuando lo vea lo entenderá, porque usted tiene buen ojo. Enseguida la he calado. Lo único es que, y se inclina un poco hacia delante bajando la voz, está solo, no sale con chicas, y de novia, ya, ni hablemos, ¡nada! Así que he pensado, me he dicho que..., he pensado que si usted, si...

Venga ya, suspira Nili, asqueada de su descarado merca-deo, aunque quizá también porque le pica ya la curiosidad de oírlo abiertamente, como en una película mala; porque, al fin y al cabo, ¿cuántas veces en la vida tiene una ocasión de oír algo así de esa manera?

He pensado, traga saliva y se encoge, que usted podría cogerlo..., de forma particular, claro está, pagándole, y hacer de él un hombre.

Al instante retrocede, se yergue todo lo que le permite su baja estatura y a ella vuelve a parecerle un gallo pequeño de plumas erizadas al que precisamente el miedo que tiene lo hace peligroso. Tan estrecho de hombros, saca pecho, respira muy deprisa y, de pronto, un ojo le empieza a bizquear.

Ella sigue allí plantada con los brazos cruzados, asintiendo suavemente con la cabeza.

Déjelo correr, se desinfla él de repente, no he dicho nada. Ha sido una tontería. Olvídelo. Y ya se da la vuelta dispuesto a marcharse, puede que asustado de sí mismo, de lo que acaba de proponer, de lo que ha llegado a sus oídos proveniente de su propia boca, cuando a Nili, no sabe qué mosca le ha picado, y, hasta cuando se lo cuenta después a Liora, le cuesta explicárselo, le parece bien, más que bien, incluso estupendo. Es como si adivinara, le dice a Liora, como si notara a través de él lo que allí me esperaba, además de que, y sus hombros se mueven acompasados por un profundo suspiro, yo..., que ya lo he probado todo, con los dos sexos y de todos los colores, completa Liora la frase para sus adentros, ¿de eso me voy a asustar yo ahora? Liora, al teléfono, en su casa, se pasa apresuradamente la lengua por los labios como engrasándolos para una tormentosa discusión, pero Nili sabe muy bien cuándo cerrar los ojos placentemente y rodearse el cuerpo con los brazos. Así que me dije, y se ríe, pues que venga el chico, hablaremos con él un poco, le explicaré lo que hay y cómo son las cosas, ¿y qué nos puede pasar de malo? De manera que corre tras el hombre que, literalmente, ha salido huyendo, y vuelve a tener la misma sensación que cuando ha hablado con ella, que el hombre ha tenido una revelación. Cuando se vuelve ve la humillación pintada en su cara, los ojos rojos y húmedos, así que le dice con mucha suavidad, arrepintiéndose hasta lo más profundo de su corazón por lo mal que lo ha tratado hasta ahora, mándemelo ahora, lo espero.

Pero le pago, ¿eh?, casi le grita.

Usted no me va a pagar nada. Y riéndose por dentro: invita

la casa.

Pero si es un extra, insiste él, airado.

De eso nada. Mándeme al chico.

Él parece confundido, como si desconfiara, porque no le ve la lógica al asunto pecuniario. De todas formas quiere agradecersele como sea y empieza a rebuscar en los bolsillos de los pantalones, unos shorts de perneras demasiado ajustadas, pero no encuentra nada, ni siquiera sabe lo que busca, hasta que al final intenta estrecharle la mano, pero los dedos de ambos no se encuentran, mire, si alguna vez necesita algo del norte, de las canteras...

Dejo las hojas, me abalanzo hacia la taza, la cojo con las dos manos y tomo el agua a grandes tragos. Hasta hace un momento no me había atrevido a mirarla. Me muero por fumar un cigarrillo, pero es que me muero. Qué silencio ha sabido mantener mientras he estado leyendo. Abismal. He sujetado las hojas de manera que nos han hecho de separación, con las dos manos, y ha sido solo hacia las últimas líneas cuando me han dejado de temblar...

Hasta ahora, dice ella muy tranquila, no he sabido cómo sería la cosa.

¿Y ahora?, le pregunto. Me obligo a mirarla directamente. Ahora vendrán las críticas. Dirá que no es de su gusto, que ahora eso es muy complicado para ella. Muy sutil, dirá, pero vamos a dejarlo. ¿Qué entenderá ella! Qué entenderá realmente de todo esto, en su estado, y, ¿para qué engañarnos?, ¿cuándo fue la última vez que cogió un libro después del bachillerato?

Cuántos meses llevo ya, dice ella, aquí tendida y pensando: vendrá, se sentará aquí a mi lado y se pondrá a leer, ¿y qué?, ¿qué me pasará? Su voz suena lejana, muy dura. Ni se le ha ocurrido pensar qué me podía pasar a mí. Es la fuerza de la costumbre, tan difícil de vencer.

Al final has terminado por escribirlo, me dice muy despacio.

No consigo descifrar su reacción. No tengo ni idea de si lo que le he leído hasta ahora le recuerda a lo que allí pasó, ni tan siquiera si me he aproximado. Si fue así como hablaron, ella y el padre de él, si fue eso lo que se le pasó por la cabeza cuando él se le presentó con la propuesta. Es tan poco lo que sé, apenas nada. «Atiéndalo de forma particular y haga

de él un hombre», eso sí lo dijo, porque me lo contó ella, por lo visto como una broma, el día que regresó de allí. Quizá creyó que me haría gracia, esa anécdota de su trabajo, pero a mí se me revolviéron las tripas. Hubo además uno o dos detalles más que me filtró, a pesar de que hice todo lo posible para que no, y el final, naturalmente, también lo supe. Pero en medio, un agujero negro, el abismo de su silencio desde entonces hasta hoy. Y también ahora, en realidad, ¿qué me dice? No dice nada. Respira pesadamente. No por mi culpa. Espero que ahora no sea por mi culpa. Cada bocanada de aire le supone un gran esfuerzo. Está enorme, inmensa. Ocupa toda la cama. Por tercera vez coloco bien las hojas, sin saber si seguir leyendo o esperar a que me diga algo, a que me dé una señal, que me oriente, pero nada. Y lo que más me desespera es descubrir hasta qué punto no me imaginé estando en casa, en Londres, cuando lo escribía, lo que sentiría aquí al leérselo. Mi propia arrogancia me sorprende, lo mismo que mi supina estupidez: ¿de verdad creí que iba a poder estar aquí sentada, tan tranquila y con las piernas cruzadas, contándole un cuento que he inventado sobre ella y sobre él?

Me has pintado demasiado furibunda, dice.

Es un cuento, le recuerdo secamente, pero con una repentina punzada en el corazón, como si se me hubiera escapado algo.

¿Cuándo me has visto tú tan enfadada?

Pero si no es más que un cuento, Nili, le digo molesta. No to en la boca el sabor de un fracaso anunciado. ¿De dónde me he sacado realmente eso del enfado, esa ira divina que le he endilgado y que no le va en absoluto?

Pero a Liora la llamas por su nombre.